

Ha pasado ya casi un año y todavía me cuesta creerlo: María José ha muerto, ya no está, ni aquí ni allí, ni en ninguna parte, como dijo el poeta. Nuestra María José, que siempre estaba ahí, la que nos visitó con Javier en Nueva York días antes del 11 de septiembre, viéndose ambos atrapados durante días en Estados Unidos por el cierre del espacio aéreo decretado por George Bush Jr., el hombre que leía los cuentos al revés, que invadía siempre el país equivocado y que dejaba a nuestro siniestrito Ansar poner los pies encima de su mesa buró presidencial. María José, siempre alegre, inteligente, chispeante, cantarina, discreta, con la cruz implacable de toda hija soltera en una fratría mayoritaria de hombres, siempre dispuestos, como cosa natural, a abusar un tanto de la bondad y disponibilidad de la hermana, sobre todo cuando hay una madre que declina y hay que dedicar días y días y horas y horas a pasearla y cuidarla, a sacrificio de la propia intimidad e independencia. La misma María José que tenía una litografía de Hernández Mompó colgada debajo del perchero atornillado a la entrada de su casa de la calle Jordán, en pleno Chamberí: "¡Pero María José!", le decía yo, entre asombrado e indignado, amante como ella de las delicadas filigranas de pura poesía tan características del pintor valenciano y sus ferias y fiestas populares, pura delicia "¿cómo puedes tener ahí el Mompó y colgar el abrigo encima, tapándolo? El mejor cuadro de la casa". "Así no se gasta, y además no tengo más sitio", me contestaba con su desparpajo tan propio de Jaén, esa provincia que lo fue todo un tiempo cuando este país se llamaba al-Ándalus y gobernaban otras gentes. Así era María José. Y era verdad que no tenía sitio, con su casa llena de cuadros. Pintora licenciada en arte que arrumbó temprano sus pinceles y se dedicó a la enseñanza del arte en secundaria, buena dibujante, hábil con los carboncillos y las minas de plomo, fotógrafa después, con su casa repleta de sus fotos en blanco y negro enmarcadas, entre ellas las que tomó en Nueva York y en muchos otros viajes. Generosa, siempre cargada de regalos para todos, niños incluidos, que generaban batallas de contrarregalos, en las que siempre teníamos que batirnos en retirada y reconocer la derrota. Me regaló libros estupendos, sobre coleccionistas célebres, sobre pintura, sobre mujeres de rompe y rasga, que es lo que a ella le hubiera gustado ser, consiguiéndolo a su manera. Esos libros cargados de sentido que uno tarda años en apreciar, porque la intención que le movía a regalarlos era sutil y uno no está preparado a veces para recibir regalos que todavía no puede apreciar, y algunos libros duermen en su estante, a veces eternamente, otras despiertan y respiran aliviados. Aterrizábamos en Madrid y le tocábamos el portero eléctrico, y ella bajaba siempre, dispuesta y cariñosa, aunque hubiera perdonado su pequeña y obligatoria siesta, y recorriamos las calles y los garitos del barrio para acabar la mayor parte de las veces en Gino's con Isabel, con Juan Ignacio, a veces Blanca y Pocho, todos en buena camaradería, discutiendo de lo divino y de lo humano, con Juan Ignacio haciéndonos reír con su salero madrileño, castizo e inimitable, y su visión radical de la vida y esa otra, algo darwinista, de las relaciones sociales, propia del psicólogo social, dando de vez en cuando su golpe en la mesa y elevando el tono cuando tomábamos a broma sus pontificaciones o no le estábamos escuchando, descentrados en nuestras bromas y sacapunteces. María José había pasado por un cáncer hacía más de 20 años, salvándose por los pelos, y guardaba un agradecimiento eterno a Paco, su médico, y una reverencia mortal por la Señora. Cuando la pandemia, por su deficiencia de oxigenación producto de la radio que la ponía en peligro grave, limpiaba concienzudamente la compra, que sometía a una cuarentena estricta y exagerada, que nos dejaba perplejos, y hacía sus pilates y sus ejercicios y soplidos pulmonares con la misma fe cristiana de su juventud, una fe casi olvidada, como entre casi todos nosotros.

La muerte vino a sorprenderla una mañana temprano, tras una mala noche. Ella, toda discreción y recato, fue a expirar en plena vía pública, qué destino tan injusto, en su barrio de siempre. Cuando llegó el Samur ya no hubo nada que hacer, fulminada por una crisis cardíaca que nadie de nosotros vimos venir. Apareció la familia, tomó mando en plaza, se la llevó al instante, convocó un acto de tanatorio al día siguiente, triste y temprano, demasiado para los que vivimos a distancia de avión. Se le llevaron luego, la cremaron, supongo, y ninguno de sus amigos, los que pasamos años disfrutando de su compañía generosa y de su carácter insólito y benevolente, sabemos dónde fue a parar su cuerpo menudo y atribulado, si volvió a su Jaén de la juventud o si se quedó en su Madrid de elección, esa patria de libertad, -y no solo de las cañas, que también-, donde tantos vinimos dejando atrás la provincia atosigante y estrecha. Y es como si la muerte hubiera pasado dos veces.

Ahora, cuando ando por Fuencarral y paso por delante de la calle Jordán (que no es otro que el italiano Luca Giordano, no podía haber ido a vivir más que en una calle con nombre de pintor) me viene un pinchazo agudo de nostalgia triste y tengo que reprimir el mismo instinto básico que me atacaba los años breves que siguieron a la muerte de mi madre: coger el teléfono, en este caso el telefonillo, y dar un timbrazo seco, convocando urgente a los muertos para que bajen y nos ayuden, aunque sea un poco, con la vida.

14.8.2025